

La chóra y la oikouménē: la proyección geográfica del mundo colonial

Domingo PLÁCIDO
Universidad Complutense de Madrid

El proceso de constitución de la *chóra* como territorio vinculado a la ciudad, modo de definición del *status* de los propietarios y criterio para participar en la ciudadanía, resulta paralelo tanto a la formación de los ejércitos hoplíticos, estructurados para su defensa y su ampliación en las zonas limítrofes, como al inicio de la expansión colonial. El paralelismo no quiere significar, naturalmente, el reconocimiento de procesos idénticos que marchen por caminos contiguos, pues las mutuas influencias y condicionamientos, entre la historia de las metrópolis y la de las colonias, la de la emancipación del campesinado y la elaboración de los sistemas jurídicos, crean más bien una serie de procesos evolutivos complejos que producen un panorama sumamente variado, en que se integran realidades a veces contradictorias, creadoras de imágenes igualmente contradictorias, que explican en su misma complejidad la complejidad de la realidad. En todo caso, siempre desempeñan un papel protagonista la relación entre urbe y territorio y la identificación de la *chóra* como espacio privilegiado de la actuación del hombre, que tiene que encontrarse necesariamente bien definido, material e idealmente. Por ello, de hecho, en el proceso desempeña un importante papel lo religioso, de tal modo que los templos y lugares sacros en general se hallan con frecuencia situados en el eje de la formación de la *pólis* ¹.

¹ T.E. RIHL, A.G. WILSON, «Modelling Settlement Structures in Ancient Greece: New Approaches to the polis», en J. RIHL, A. WALLACE-HADRILL, *City and Country in the Ancient World*, Londres, Nueva York, Routledge, 1991, pág. 69.

Es mérito de François de Polignac ² haber sintetizado e individualizado en un pequeño libro las características espaciales de la *pólis* en sus relaciones con la *chóra*. Desde la perspectiva aquí adoptada, importa fundamentalmente la insistencia sobre la fijación de los límites y la adopción por los mismos de un fuerte sentido simbólico que pretende convertirse en el elemento básico para crear cohesión a través de los instrumentos de la ideología. Más allá de los límites se encuentran las *eschatíai*, indicativas de las zonas no integradas, sedes de cultos lejanos, como el de Ártemis Brauronia en Atenas ³, y de divinidades que señalan la segregación, elemento básico para los rituales de paso que también expresan los cambios de *status* de los miembros de la comunidad, por razones de edad o por incorporarse a ella desde fuera.

Como en otras tragedias, la escena final de *Ifigenia en Tauros* representa la institucionalización de unos rituales, en este caso promovidos por la diosa Atenea y en un lugar específico, *pròs eschátòis hóroisi*, en los límites extremos del Ática, en Braurón, en honor de Ártemis *Tauropólos*, epónimo de la tierra táurica (1449-61). Allí, para expiar la inmolación de Ifigenia, hará derramar la sangre de un hombre ⁴. El culto de Ártemis Brauronia no sólo se sitúa en los lugares extremos del Ática, sino que se convierte en una referencia a los lugares extremos del mundo, al Quersoneso Táurico, punto de encuentro con el mundo de los no civilizados. El Quersoneso Táurico, al norte del mar Negro, era considerado un lugar especialmente lejano y misterioso donde las relaciones con los indígenas ofrecían mayores dificultades ⁵. Arqueológicamente, la zona muestra restos de cerámica ática de época pisistrátida, la misma época en que seguramente se fundó el templo de Ártemis Brauronia en la Acrópolis ⁶, momento indicativo de la transferencia desde los límites al patrocinio de la piedad cívica ⁷. Otras tradiciones vinculan el sitio de Braurón con los pelasgos que raptaron a las vírgenes canéforas, según Filócoro (FGH328F101). En la narración de Heródoto, VI, 138, habían sido los pelasgos de Lemnos quienes, expulsados de Atenas, raptaron a

² F. de POLIGNAC, *La naissance de la cité grecque*, París, Éd. de la Découverte, 1984.

³ Ver POLIGNAC, *cit. supra* (n. 2), págs. 45 y 65.

⁴ W. BURKERT, *Greek Religion*, Oxford, Blackwell, 1985, pág. 154.

⁵ A.J. DOMÍNGUEZ, *La polis y la expansión colonial griega siglos VIII-VI*, Madrid, Síntesis, 1991, págs. 124-8.

⁶ J. TRAVLOS, *Pictorial Dictionary of Ancient Athens*, Nueva York, Hacker, 1980, pág. 124.

⁷ L. KAHIL, «Les 'craterisques' d'Artemis et le Braurion de l'Acropole», *Hesperia*, 50, 1981, 253-263.

las mujeres y luego las mataron junto con los hijos que habían tenido con ellas ⁸. El culto de los límites sirve así de escenario de la exclusión en los inicios del imperialismo ateniense, cuando Milcíades se dispone a apoderarse de la isla, de manera que Heródoto no se pronuncia sobre la justicia del hecho (VI, 137). En Atenas, en cambio, se ha integrado en el centro cívico y religioso por antonomasia.

Desde los inicios del período en que la ocupación sistemática del suelo se muestra como fenómeno paralelo al de los viajes coloniales o precoloniales, la exclusión simbólica, desde Crono, se sitúa en los confines, *peírata gaíes* (*Iliada*, XIV, 200-204), lugar donde se colocan también los confines entre la vida y la muerte y el mundo subterráneo, como en *Odisea*, IV, 563, para encontrar a Radamantis, o también en XI, 158, en las zonas delimitadas que no puede atravesar Tiresias. Crono, uno de los personajes míticos que se sitúan en los confines de la tierra, presenta rasgos específicos y contradictorios ⁹, entre la bondad paternalista de la edad de oro y los sacrificios cruentos, posible divinidad de la producción integrada de manera conflictiva en el panteón ¹⁰ que se configura en la formación de la unidad entre ciudad y territorio. Crono parecería estar también en los límites de lo que representa la nueva ciudad.

En la *Teogonía* de Hesíodo se sitúan en los límites, *en peírasin gês*, tanto Atlas (v. 518) como Briareo (v. 622), pertenecientes también al mundo preolímpico, que llegan en sus relaciones con los olímpicos a soluciones de diverso tipo. Pero, en los *Trabajos*, 156-165, el poeta se refiere a los héroes a quienes dedican sus cantos los aedos, apoyados en las musas evocadoras de Zeus. Son los que murieron ante Troya o se hallan *es peírata gaíes*, allá en el Océano, los héroes de las guerras y los héroes de los viajes, los que se enfrentan al mundo monstruoso de los *eschatía*. *Eschatíoi* son también los feacios en la *Odisea* (VI, 204), que viven lejos, sin mezclarse con ningún mortal. El Océano sirve de límite igualmente en Estrabón, que sitúa en los *éschata* la Iberia y la India (I, 1, 8) y Gades (III, 1, 8), aunque en esta última referencia se haya notado ya el influjo positivo de la romanización, que penetra incluso en los lugares extremos de la ecúmene ¹¹. Dice Pausanias (I, 33, 3-4) que, en otro de los

⁸ A. BRELICH, *Paidēs e Parthenoi. I*, Roma, Ed. dell'Ateneo, 1969, págs. 241 sigs.

⁹ H.S. VERSNEL, «Greek Myth and Ritual: The Case of Kronos», en J. BREMMER, ed., *Interpretations of Greek Mythology*, Londres-Sydney, Croom Helm, 1987, 121-152.

¹⁰ P. LÉVÊQUE, *Bêtes, dieux et hommes. L'imaginaire des premières religions*, Paris, Messidor, 1985, pág. 193.

¹¹ D. PLÁCIDO, «Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano», *Habis*, 18-19, 1987-88, pág. 254.

santuarios limítrofes del Ática, dedicado a Némesis, esta vez no sólo formando frontera a través del mar, sino *en methoríoi* entre los territorios de Atenas y de Beocia, según Estrabón, IX, 1, 22, en Oropo, había una estatua de la diosa donde, sin que el viajero acierte a explicarlo, estaban representados los etíopes y el Océano, mar extremo (*eschátei*) por donde navegan iberos y celtas. Desde el extremo del territorio de la *pólis* se evocan los extremos de la *oikouméne*. Así lo comprendió también el orador Isócrates cuando, en *Filipo*, 112, quería hacer seguir al rey de los macedonios el ejemplo de Heracles, que hizo de las columnas el trofeo de la lucha con los bárbaros, el *mnemeíon* de su *areté* y de los peligros corridos y los límites, *hórous*, de la *chóra* de los helenos¹². En la colonización, vista desde la perspectiva de las nuevas aspiraciones imperialistas de la ciudad griega del siglo IV, con las esperanzas puestas en las hazañas de un nuevo héroe, el Mediterráneo se había convertido en el territorio de la ciudad unificada en el panhelenismo.

Los límites de los territorios de la ciudad se erigen en marcas sagradas, representadas por divinidades tendentes a la especialización, como el Zeus *Hórios*, de modo paralelo a como se hacen sacros los límites de las propiedades¹³. Hermes, la misma divinidad que se expresa a través de los hermas como instrumento de señalización de los territorios urbanos, marca también las fronteras entre ciudades, Hermes de piedra entre Laconia y Argólida o entre Mesene y Megalópolis, según Pausanias¹⁴, *en toís hórois*. Los límites se señalan a través de *stélai*, como las *stélai* de Heracles que delimitan la *oikouméne* en el extremo occidental del Mediterráneo¹⁵.

La *chóra* tiene también una delimitación en el más allá, en la *eschatía*, que señala la inversión del territorio controlado por la *pólis*¹⁶. Más allá de la *chóra* está el espacio no controlado, donde se hallan los cultos marcados por el primitivismo. Igualmente, a escala ecuménica, las *eschatíai* son del mismo modo los lugares donde habitan seres extraños, como

¹² D. PLÁCIDO, «Realidades arcaicas de los viajes míticos a Occidente», *Gerión*, 7, 1989, pág. 46; «Le vie di Ercole nell'estremo occidente», en A. Mastrocinque, ed., *Ercole in occidente*, Trento, Dipt^o. di Scienze Filologiche e Storiche, 1993, págs. 67-68.

¹³ M. SARTRE, «Aspects économiques et aspects religieux de la frontière dans les cités grecques», *Ktéma*, 4, 1979, pág. 217.

¹⁴ Citado por L. KAHN, «Hermès, la frontière et l'identité ambiguë», *Ktéma*, 4, 1979, pág. 202.

¹⁵ C. JOURDAIN-ANNEQUIN, *Héraclès aux portes du soir*, París, Les Belles Lettres, 1989, págs. 101, sigs.

¹⁶ M. SARTRE, *cit. supra* (n. 13), pág. 223.

los arimaspos de Heródoto, III, 116, que tienen un solo ojo. La cuestión, para el historiador de Halicarnaso, estriba en que precisamente en esos lugares es donde se hallan los productos más preciosos de la naturaleza, el oro y el ámbar, en la contradicción representada en el mundo arcaico por la ansiada estabilidad de la *pólis* y la inestabilidad necesaria de los viajes coloniales y precoloniales, atractivos y peligrosos. También Estrabón se debate entre la prosperidad de Ampurias, basada en la *chóra* (III, 4, 9) y la inestabilidad de las zonas del noroeste donde se hallan las riquezas representadas por los metales ¹⁷.

En lo concreto, en muchas colonias, al tratar de los límites, se revela la imprecisión entre *chóra* y *gê*, como en Estrabón VI, 1, 15, tomado de Antíoco de Siracusa, al tratar de Metaponto, como un reflejo de la tendencia a deslizarse de una cuestión a otra. Las excavaciones de la zona demuestran cómo los territorios limítrofes resultan ser los espacios privilegiados de la implantación cultural y de la integración ¹⁸. Allí se expresa también la riqueza de los sectores indígenas que asumen los valores griegos, con estatuillas de la *pótnia therôn*, del siglo VI, reflejo de las formas de conservación cultural dentro del mundo controlado por la *pólis*.

Todo este substrato, creado en la época colonial e interpretado en el momento de la crisis de la ciudad, sirve de fundamento a la concepción ecuménica elaborada en el Imperio romano. La tradición recogida por Dionisio de Halicarnaso, III, 69, 5-6, dice que, cuando se estableció el templo de Júpiter Capitolino, de todos los dioses sólo permanecieron *Iuventas* y *Terminus*, representantes respectivamente de las prácticas iniciáticas de introducción en la sociedad y de la propiedad encuadrada dentro de sus límites ¹⁹. También se forma pronto una tradición romana que identifica los términos como *limen*, para su uso como frontera ²⁰. En el proceso de formación de las fronteras del Imperio, tales concepciones cobran una nueva entidad, donde los límites aparecen como símbolos del dominio del mundo entero, tal como lo expresa Plinio, *Historia Natural*, VI, 120, para referirse a las conquistas de Pompeyo, y Augusto, en sus *Res*

¹⁷ D. PLÁCIDO, *cit. supra* (n. 11), pág. 252.

¹⁸ D. ADAMESTEANU, «Problèmes de la zone archéologique de Métafonte», *RevArch*, 1967, 3-38.

¹⁹ D. PLÁCIDO, «La conquista del Norte de la Península Ibérica: sincretismo religioso y prácticas imperialistas», *Mélanges Pierre Lévêque. I*, París, Les Belles Lettres, 1988, págs. 236, sigs.

²⁰ J. SCHEID, «Les sanctuaires des confins dans la Rome antique», en *L'Urbs. Espace urbain et Histoire, 1^{er} siècle avant J.-C.-III^e siècle après J.-C.*, Roma, École Française de Rome (98), 1987, 583-595.

Gestae Divi Augusti, 26-33, para afirmar su propio poder ²¹. Plutarco, en *César*, 23, 3, cree que César en Gran Bretaña se salía de la *oikouménē* ²².

Ya Ovidio, en *Fasti*, II, 639-684, expresaba la idea de que para Roma eran los mismos los límites de la *urbs* y del *orbis*. Todo se ha identificado, por un lado, con *ager* y *terminus* y, por otro lado, con el *mundus* ²³. Así aparece ya en la ecúmene que se representa en la *porticus Vipsania* al mostrar a la urbe el *orbem terrarum* (Plinio, *Historia Natural*, III, 17), para que se haga cargo de su control ²⁴.

En las *Res Gestae*, 26, Augusto señala para el Imperio el límite antiguo, el que se identifica con el Océano, en los *finēs* que se traducen en 30, 1, como *hória*. En estos límites occidentales es donde Arnobio, I, 36, 5, señala que se halla enterrado Heracles, *sepultus in finibus Hispaniae*, con la indicación de la tumba heroica que también en el arcaísmo señalaba los límites territoriales, incluso antes de que se configure de manera clara la ciudad ²⁵. El proceso de la expansión imperialista ha ido estableciendo, sin embargo, nuevos límites que ahora Estrabón, III, 3, 3-4, tras las conquistas de Bruto, coloca en el Norte peninsular ²⁶. Conocida la fertilidad de los territorios *ex stelôn*, el mismo autor (III, 1, 2) amplía los extremos del mundo y los sitúa en el Promontorio Sacro (III, 1, 4), que llega a ser ahora el *semelôn* de la ecúmene. Las estelas permanecen sólo de manera simbólica, objeto de confusión para los territorios que se dan a conocer con ellas como punto de referencia, sobre todo para la cada vez más olvidada Tarteso. Estrabón indica la anterior situación en III, 5, 5, en que todas se convierten en las señales del fin del mundo. Ahora, *tà éschata*, *tà peírata* se transforman en consideraciones de tipo mítico (III, 2, 12-13). Estrabón, en su tiempo, fundamenta los esquemas mentales en el mundo de los viajes coloniales ²⁷.

²¹ C. NICOLET, «L'empire romain: espace, temps et politique», *Ktéma*, 8, 1983, 163-173.

²² P. ARNAUD, «L'image du globe dans le monde romain», *MEFRA*, 96, 1984, pág. 56.

²³ P. CATALANO, «Aspetti spaziali del sistema giuridico-religioso romano, *mundus*, *templum*, *urbs*, *Latium*, *Italia*», *ANRW*, II, 16, 1, 1978, págs. 451; 466.

²⁴ M. CORBIER, «L'écriture dans l'espace public romain», en *L'Urbs*, *cit. supra* (n. 20), 27-60.

²⁵ A.M. SNODGRASS, «Archaeology and the Study of the Greek City», en J. RICH, A. WALLACE-HADRILL, *cit. supra* (n. 1), 1-23.

²⁶ D. PLÁCIDO, *cit. supra* (n. 11), pág. 247.

²⁷ S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*, Roma, Laterza, 1974, I, pág. 111. Ver D. Plácido, «Consideraciones al margen de la identificación de Carteya con Tarteso», en P. SÁEZ, S. ORDÓÑEZ, eds., *Homenaje al profesor Presedo*, Universidad de Sevilla, 1994, 607-610.

De hecho, ya Heródoto, IV, 152, sabía que Coleo de Samos había atravesado las columnas (*diekperésantes*)²⁸ y que lo hizo llevado por los vientos en una *theía pompé*, al estilo de las procesiones que se celebran en dirección a los límites de la *chóra*, por ejemplo en Samos, por una vía sacra extraurbana, hasta el templo de Hera, límite del territorio de la ciudad. Allí depositó Coleo su ofrenda al regreso del viaje realizado hasta los extremos del mundo.

La medida del *klêros* se encuentra también pronto en el origen de la geometría²⁹, como se señala en las *Nubes* de Aristófanes, 202-4, en que la medida, *anametreîsthai*, se refería a la *klerouchiké*. Monique Clavel-Lévêque³⁰ ha puesto de relieve recientemente la importancia que Vitruvio, IX, pr. 4, da a su recomendación acerca del *locus aut ager... quadratus*. En definitiva, cuando Estrabón reflexiona acerca de las distancias de la ecúmene, en II, 5, 9, y adjudica a Rodas, Iberia y la India un papel determinante, el objetivo en que hay que situarlo precisamente es la realización del *tetrápleuros*, que para él constituye la ecúmene, cuyos límites en las *stêlai* se sitúan idealmente en los límites del Imperio. Por ello, limita su descripción a la ecúmene (II, 5, 25-26) y prescinde conscientemente del globo, a pesar de que ya entonces se conocía³¹. El límite de la ecúmene se transforma en un criterio histórico y cultural³².

La transformación imperialista de la concepción del mundo, que parte del *klêros* para definir la ecúmene, queda descubierta en los esfuerzos de Estrabón, en V, 1, 2, para demostrar que también Italia, la cabeza del Imperio, es, no *trípleuron*, sino *tetrápleuron*. De este modo se completará el ciclo. El desarrollo del paisaje de la ciudad estado tendente a la medida, en una época en que se impone la ideología délfica del *métron*, coincidente con el desarrollo colonial, donde la implantación, más premeditada, permite una aplicación más racional de los presupuestos teóricos de la distribución del *klêros*, patrocinada aparentemente también por

²⁸ D. PLÁCIDO, *cit. supra* (n. 12), pág. 45; «Los viajes griegos al extremo occidente: del mito a la historia», *Actas del I Congreso de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, Cajasur, 1993, pág. 174; F. de POLIGNAC, *cit. supra* (n. 2), págs. 34 y 48.

²⁹ O.A.W. DILKE, *Greek and Roman Maps*, Ithaca-Nueva York, Cornell University Press, 1985, pág. 26.

³⁰ M. CLAVEL-LÉVÊQUE, «Centuriation, géométrie et harmonie. Le cas du Biterrois», *Mathématiques dans l'Antiquité, textes réunis et présentés par J.-Y. GUILLAUMIN*, Publications de l'Université de St. Étienne, Centre Jean-Palmerie, pág. 173.

³¹ P. ARNAUD, *cit. supra* (n. 22), pág. 63; D. PLÁCIDO, *cit. supra* (n. 11), pág. 247.

³² D. PLÁCIDO, «La imagen simbólica de la Península Ibérica en la antigüedad», *SHHA*, 13-14, 1995-96, pág. 33.

Delfos, crea una dispersión de paralelismos creciente entre la *chóra* y la *oikouméne*. El imperialismo transfiere el paralelismo a la relación entre *urbs* y *orbis* y, en Estrabón, a la relación entre la estructura imaginaria cuadrilateral de Italia y de la *oikouméne*.